

La política del fuego: El desplazamiento contemporáneo del paradigma geopolítico*

Politics of Fire: A Displacement of the Contemporary Geopolitical Paradigm

MICHAEL MARDER

Universidad del País Vasco, UPV-EHU / Ikerbasque: Fundación Vasca para la Ciencia

RESUMEN. Este artículo teoriza la transición del régimen global geopolítico (es decir, la política de la tierra) a régimen piropolítico, o la política del fuego. En base a filosofía política de Carl Schmitt, la tesis es que la certidumbre, estabilidad y orden arraigados en la tierra están desplazados por la *anomia* del fuego, como un símbolo y dominio concreto de lo político hoy.

Palabras clave: geopolítica, piropolítica, hegemonía, regímenes, *nomos*, *anomia*, lo político

ABSTRACT. This paper theoretizes the transition from a global regime of geopolitics (that is to say, the politics of the earth) to a pyropolitical regime, or the politics of fire. Based in the political philosophy of Carl Schmitt, the thesis is that the certainty, stability, and order rooted in the earth are now being displaced by the *anomie* of fire, as the symbol and the concrete sphere of the political today.

Key words: geopolitics, pyropolitics, hegemony, political regimes, *nomos*, *anomie*, the political

1. La tierra del *nomos*

Sería demasiado fácil explicar el recurso del lenguaje mítico-poético en la filosofía de Carl Schmitt a través del antimodernismo reaccionario que impregna muchos de sus escritos políticos, o directamente rechazarlo como una colección de cuentos de hadas desprovistos de seria erudición. Pero después de todo, la autoconciencia del mito como mito, ¿no es acaso insignia de honor y partícipe legítima de la ilustración genuina? ¿No son mucho más productivos e intelectualmente honestos los análisis de mitologías políticas y teológicas que las ficciones racionalistas del

contractualismo, ocupadas en engañarse a sí mismas y en congratularse por la completa superación del mito? Sea como fuere, es posible que la articulación de la subjetividad política, en el estrato elemental que prevalece en los escritos de Schmitt del “periodo intermedio”, ponga en cuestión otra cosa diferente del antimodernismo. Quizás, tal articulación es una variación del tema de la síntesis hegeliana entre sujeto y objeto, que Schmitt prefiere codificar como unidad entre orden y orientación, *Ordnung und Ortung*, cuya conjunción equivale a la totalidad del *nomos*.¹ El alcance de esta hipótesis se admite como limitado, pues la unidad de orden

y orientación presupone un elemento particular, es decir, la tierra, al cual pertenece la existencia humana, “un ser terrestre, que se encuentra en la tierra [*ein Landwesen, ein Landtreter*]” que “está, se mueve y camina en la tierra firmemente establecida [*festegrüdeten Erde*]”, y la usa como su punto de vista [*Standpunkt*] y su base [*Boden*].”² El *nomos* es siempre y necesariamente *de la tierra*; la unidad de orden y orientación concierne a este elemento del que dependen los humanos y del que se aprovechan, se apoderan, y exigen para sí mismos como propiedad, como su pertenencia más fundamental, su *dominium*. Sin embargo, en contraste con la determinación terrestre de la ley, no toda política es geopolítica.: el *imperium* de los elementos remanentes sigue en gran medida libre del *dominium* territorial. Cuando la actividad política parte de la firme morada de la tierra, o se extingue en abstracciones infundadas y en sistemas de legalidad, o a la inversa, queda totalmente desposeída del territorio; pero no a la manera de los nómadas de Deleuze o Guattari, que todavía deambulan por la superficie de la tierra, sino como los que han perdido su posibilidad misma de perdurar, de habitar en algún sitio, en alguna morada. Sin una pertenencia firme a la tierra, se viene a pique la unidad de orden y orientación, y se desintegran internamente ambos componentes, pues el orden sin orientación resulta vacío, y la orientación es ciega sin el orden. Incluso se niega la posibilidad elemental de diseñar las líneas de la ley, del derecho y la legalidad de aquéllos que han dejado de operar dentro de los confines de la política ligada a la tierra, y se encomiendan a las diferenciaciones propias de los otros elementos, mucho más sutiles (y al mismo tiempo mucho más intensas).

Lo decisivo, por encima de todo, no es que surjan y desaparezcan los imperios y los bloques regionales hegemónicos que abarcan enormes superficies de tierra continental, sino más bien, que la geopolítica como idea, y como marco elemental de la política práctica, está en continuo declive. Por eso Schmitt se muestra tan pesimista en el *Glossarium*: “Este es el nuevo *nomos* de la tierra —ya no hay *nomos* [*Das ist der neue Nomos der Erde; kein Nomos mehr*].”³ El nuevo *nomos* de la tierra pierde los perfiles del *nomos* porque ha sido doblemente desacoplado de la tierra, mientras que la esfera política ha sido tan liberada de la solidez de la substancia como de su “esferalidad”, la quintaesencial figura de la geopolítica y la geometría. Desde el punto de vista de la política de la tierra, con la que Schmitt se muestra cuanto menos favorable, el nuevo *nomos* es a-nómico, si no anárquico; es un precursor del caos no controlable por la autoridad soberana, el *Katechon*. Es más, entendida de modo positivo, la actividad política transpuesta en los otros elementos está liberada del peso muerto de la sustancia, y se entrega a una abundancia de determinaciones existenciales. Con esta perspectiva, lo que normalmente se considera como la desmaterialización de las prácticas políticas resulta una parte de este cambio dramático de base, de la pérdida humana del terreno, de fundamentos firmes, de equilibrio, del punto de vista de la *terra firma*.⁴ Tal y como reconoce Schmitt en su teoría de la política marítima, el mar es mucho más inestable que la tierra. A lo que debería añadirse que la incertidumbre marítima sólo se intensifica cuando los otros elementos emergen hacia el primer plano de la acción política. El *nomos* de la tierra viene instituido generalmente

cuando se rediseñan las líneas divisorias a escala local o global, pero el *nomos* del mar es inconcebible, aún menos que el del aire o el fuego, a pesar de regulaciones y tratados marítimos internacionales, porque “en el mar, los campos no se pueden sembrar, y no se pueden grabar firmemente las líneas.”⁵ Las diferencias que resultan de la búsqueda de las huellas, o incluso de la archi-búsqueda, que es la condición de posibilidad no trascendental para la diferenciación en Derrida,⁶ dejan de crear sentido sin el sustrato fundamental de la tierra, capaz de mantener todas las divisiones y diferencias espaciales.

El desorden de los elementos no terrestres no impide que estos elementos adquieran un profundo carácter político. De hecho, los regímenes políticos del mar, del aire o del fuego instituyen divisiones no lineales, y en consecuencia, transforman el molde de la ontología humana. Si bien es cierto que “el hombre no es pez ni pájaro, y desde luego no es un ser de fuego [*Feuerwesen*] —si es que existe alguno”⁷, está no obstante arrojado en estos elementos “no humanos” a través de su propia actividad política. Nuestro *Umwelt* se encuentra en consecuencia desfamiliarizado, y se ha convertido en inhabitable. Todo en él, incluyéndonos a nosotros mismos, se ha vuelto irreconocible, asombroso, extraño. Los seres humanos ya no saben si son o no “seres de fuego”; en el extremo de la transformación elemental del mundo y lo humano, un suicida que estalla una bomba intenta por todos los medios transformarse en tal tipo de ser, y literalmente, quiere que arda en llamas todo el mundo alrededor de su ser. Que se hayan convertido en irrelevantes las tradicionales “reglas del compromiso”, forma parte de la arrolladora tendencia general hacia una política me-

nos preocupada con la defensa del territorio, especialmente allí donde los seres humanos han sido desposeídos y desplazados, como en el caso del pueblo palestino. Aunque las aspiraciones políticas de los radicalmente desposeídos deberían (y deberán) revertir en último lugar a la tierra y las aspiraciones territoriales, el estado provisional es el del desorden y la desorientación, que desbarata todas las estrategias convencionales de la violencia organizada del estado. A pesar de su lealtad hacia el suelo nativo, el combate “irregular” de los partisanos⁸ se proyecta como desarraigo respecto de las reglas básicas de las operaciones militares profesionales. Los “portadores de los poderes elementales de la... tierra”⁹ son los que explicitan el final de la política estrictamente orientada a la tierra.

De hecho, la condición de los luchadores “irregulares” y sus homólogos marinos —los piratas— es sintomática de la situación global, donde los elementos no terrestres están en ascenso, y donde el “orden mundial” se presenta cada vez más como desorden mundial, puesto que el “mundo” excede los límites de la *terra firma*, de la tierra. En los textos de Schmitt, el nombre para este exceso es el del mar, el elemento acuático que carece de medida interna, de sentido de justicia, y de la unidad de orden y orientación generadora de *nomos* típica de la tierra. Cuando se trata del punto muerto entre tierra y mar, Schmitt se decanta por el elemento terrestre, abogando por “un nuevo *nomos* de la tierra”, indicando que “el pensamiento humano debe dirigirse de nuevo hacia los órdenes elementales de su ser terrestre, aquí y ahora.”¹⁰ La política de la tierra es la política de la pura inmanencia, de la mera inmersión en el “aquí y ahora”, pero de este modo la política es la

política del elemental *in toto*. Lejos del ser absoluto, la trascendencia de cada elemento es relativa a la de los demás vis-à-vis, incluso si parece que todo lo que esté separado de la tierra pierda el contacto con la materialidad de la existencia. La rarificación de los elementos no terrestres vira hacia el lado de la idealidad y la trascendencia, aunque un observador atento caerá en la cuenta de que se indica la trascendencia mediante la inmanencia. La política elemental sepulta la totalidad de la existencia, en primer lugar y por encima de todo, en su concreción, dándole un fin a esa vacía procesualidad que cae bajo el título de “democracia liberal”. Tendremos ocasión de especificar cómo tal intensa politización transpira bajo el título de “política del fuego” o *piropolítica*, que suplanta cada vez más el viejo modelo geopolítico.

El apego humano a la tierra y al suelo es comprensible dentro del contexto del catolicismo de Schmitt, que más que una religión, es definitorio, según el pensador alemán, de un modo de ser que es telúrico, basado en la tierra, o *terrista*.¹¹ En Schmitt resulta aún más misteriosa la circunscripción al alta mar de los elementos no terrestres, así como un cierto olvido calculado del aire y el fuego en su, por otro lado, robusta mitología política. Mientras que los regímenes políticos de la tierra y del agua (del mar) presumen de una estructura familiar, la política del aire es tan difícil de imaginar como la política del fuego. Una razón de esta dificultad es el retraso en el ascenso de estos elementos dentro el esquema cronológicamente simplificado que Schmitt esboza en las páginas finales de *Land and Sea*. Lo “otro” de la tierra viene entonces identificado metonímicamente con el alta mar y la frontera político-existencial, el límite extremo del mismo *nomos* —con

el lugar “aquí... donde la tierra termina y comienza el mar;” *aqui...onde a terra se acaba e o mar começa*, dicho con las legendarias palabras del poeta portugués Luís de Camões.

2. Regímenes políticos no-terrestres, o el desplazamiento total

Esto no quiere decir que no haya indicaciones, aunque sean fragmentarias, sobre la materia de la política del aire y el fuego en los textos de Schmitt. Si en principio, cada uno de los cuatro elementos es una “indicación de las grandes posibilidades de la existencia humana,”¹² entonces, ¿cuáles son las “posibilidades de la existencia humana” inherentes al aire y el fuego? El progreso de la tecnología, lejos de su “fundación terrestre o marítima”, significa que “hoy resulta concebible que el aire envolverá el mar, y quizás la tierra, y que esos hombres transformarán su planeta en una combinación de almacenes de producción y empresas de transporte aéreo.”¹³ Los bombardeos desde el aire, aparte de la exploración del espacio y de los satélites de telecomunicaciones, han cambiado la espacialidad de la existencia humana, por no mencionar la relación entre tierra y mar observable (y por tanto, en cierta medida ya dominada) desde lo alto. (Más recientemente, Peter Sloterdijk ha explorado esta dimensión de la política elemental en *Terror from the Air* [2009].) “La invención del avión”, escribe Schmitt en un texto temprano, “sella la conquista del tercer elemento, tras la tierra y el mar... Es sencillo comprender por qué la fuerza aérea fue denominada el ‘arma del espacio’... El aire [se transformó] en el nuevo espacio elemental de la existencia humana. Se añadió una tercera criatura mítica a las dos

anteriores, Leviathan y Behemoth, con forma similar a la de un gran pájaro.”¹⁴ Más aún que el agua, el aire es el elemento de “la pérdida de suelo” y de lo incierto, del riesgo y lo impredecible. Para aquellos que aspiran a abordar este nuevo elemento, los métodos que han dado resultado anteriormente demuestran ser inútiles, y el pensamiento raya peligrosamente en la pura especulación. Se recomienda precaución a todos aquéllos que se aventuren en la teorización más allá de la solidez de la tierra, no sea que caigan en “cavilaciones en las que el pensamiento serio está demasiado cerca del límite de la especulación que forma parte de la pura fantasía, dejando demasiadas tareas a la imaginación.”¹⁵ Si tratamos la política del aire nos arriesgamos a acabar pensando en las nubes, un cargo que Aristófanes elevó contra Sócrates y la academia ateniense en su bien conocida comedia, en los albores de la era metafísica. Huelga decir que la situación del pensamiento es incluso más extrema cuando se orienta hacia el elemento del fuego, que amenaza con quemar y destruir a quien intente hacerlo objeto de conocimiento. Y aún así, las empresas teoréticas más allá del entorno geo-político-filosófico merecen el esfuerzo y el riesgo, porque mantienen el potencial para descifrar las transformaciones globales actualmente en marcha, mayores que las del siglo XX de Schmitt.

El sendero cargado de peligros del pensamiento, en el que Schmitt se embarca de mala gana, le lleva como mínimo a una conclusión errónea. En su periodización de la política de la tierra, del agua, del aire y del fuego, alinea los elementos de modo que parecen una sucesión lineal, o una cadena ininterrumpida. El progresivo destacarse de la ori-

ginalidad de la tierra se acompaña de un anhelo nostálgico por el suelo perdido, y por el deseo de ver la germinación de una nueva constelación de poder que conduzca a la renovación del *nomos* de la tierra. No se justifica sin embargo el modo de comprender la asociación de la actividad humana con varios elementos ordenados en un rumbo sencillo, después del olvido o de la supresión del origen terrestre. Schmitt revela una de las razones para esta simplificación de la política elemental inserta en el contexto histórico cuando escribe (o para ser más precisos, cuando le cuenta a su joven hija Anima, que ha escuchado el texto de lo que se convertirá más tarde en *Land and Sea*, pensando que ha sido una emocionante historia para conciliar el sueño¹⁶) que “según una vieja creencia, toda la historia del género humano no es más que un viaje a través de los cuatro elementos.”¹⁷ En sentido enfático, este no el sentido del fragmento 25 de Heráclito, que es al que se está refiriendo tácitamente el filósofo alemán. “El fuego vive la muerte de la tierra, y el aire vive la muerte del fuego: el agua vive la muerte del aire, y la tierra la del agua.” Sin menospreciar la dificultad del fragmento, sería justo afirmar que la relación entre el fuego y la tierra, etc. no es una simple sucesión, salpicada de interrupciones radicales, sino más bien, algo que tiene que ver con la supervivencia: vivir la muerte de otro elemento significa conducir su vida después de la muerte.¹⁸ Políticamente interpretado, la primera parte del fragmento significa que en la era dominada por la piropolítica vivimos la muerte del *nomos* de la tierra, y que algo de la ley internacional fundada en el *jus publicum Europaeum* sobrevive al desarraigo. La ontología política de nuestros días se despliega sobre las ruinas de los grandes siste-

mas geopolíticos del pasado, los sistemas cuyas líneas de falla, coordinadas por orden, orientación y *nomoi*, sobreviven a la muerte de la geopolítica (viven la “muerte de tierra” de Heráclito), mucho tiempo después de la destrucción del contexto, o del mundo, donde solían tener sentido. Los muros de segregación y las alambradas de separación que están siendo elevadas por todas partes, desde la frontera entre EE.UU. y México hasta la frontera impuesta entre Israel y Palestina, son sintomáticas de la agonía mortal de la geopolítica del pasado, cuyos estados actores se adhieren en reacción a los “ataques terroristas” piropolíticos y otras “amenazas a la seguridad nacional.”

Otra prueba de la ordenación no sucesiva de los elementos en la historia, es el origen conjunto de las política del aire y del fuego, nacida una al lado de la otra, si no justamente en el medio de las anteriores: “si uno piensa en los significados técnico-mecánicos y en la energía necesaria de las destrezas humanas para manifestarse en el espacio aéreo, y en los mecanismos que propulsan los aviones, parece que el nuevo elemento propio de la actividad humana [*eigentlich neue Element menschliche Aktivität*] es el fuego.”¹⁹ La energía necesaria para la política del aire, para despegar literalmente del suelo, proviene del fuego de los mecanismos de combustión (que en sí mismos necesitan el oxígeno para arder), al igual que sucede con los sinónimos del fuego relativos al potencial explosivo del espíritu humano, más amorfos y metafóricos. Hablando de modo general, la piropolítica, cuyas coordenadas están aún por determinar, parecen tan ubicuas que permean todos los periodos de la historia humana, por ejemplo, con la forma de los “estallidos” y explosiones revolucionarias,

invirtiendo los *ancien regimes* en Francia, Rusia o donde quiera que sea. El mito de Prometeo, que robó el fuego de los dioses y lo otorgó a la humanidad como un regalo, pone de relieve que el poder y el control han sido asociados con el fuego desde los primeros periodos de la historia humana. Se decía que el arma secreta bizantina llamada “Fuego Griego”²⁰, también conocida como “fuego del mar”, *πυρ θαλάσσιον*, o “fuego de guerra”, *πολεμικόν πυρ*, ardía incluso debajo del agua, siendo muy efectiva para hundir las naves enemigas. Permitted que Constantinopla mantuviese su ventaja estratégica frente a los enemigos, y que sobreviviese. Dicho de otro modo, la política del fuego, ya inherente a otros regímenes elementales, simplemente se acentúa y tiene una mayor evidencia a finales del siglo XX y principios del XXI. Por tanto, ¿cuál es el significado de la piropolítica ubicua y cuáles son los efectos de este elemento, traducido en términos políticos?

3. La piropolítica como pura política

La tesis que me gustaría avanzar para responder a esta última pregunta es que la piropolítica es coextensiva al concepto y el evento de lo político. Para defender esta tesis, bosquejaré los perfiles de la piropolítica tal y cómo emergen de las referencias diseminadas a lo largo de los textos de Schmitt, teniendo en cuenta que las invocaciones literales y metafóricas del fuego se diluyen unas en otras, y convergen en una imagen coherente que el pensador alemán evita formalizar, tematizar o mostrar explícitamente. Mi esperanza es que la explicación de la política del fuego de Schmitt mostrará mucho más que una pura curiosidad, o un ejercicio deconstructivo, gracias a la ex-

tracción desde los márgenes más fértiles de sus textos de referencias inesperadamente un tanto efímeras; de hecho, esto nos proporcionará una versión condensada, en miniatura, de la lógica general que sustenta la piropolítica, la lógica que condiciona el fenómeno político más allá de los escritos de Schmitt.

La dificultad de la tarea por realizar no debería ser infravalorada. Es virtualmente imposible “explicitar” los contornos de la política del fuego porque es un régimen elemental que todavía es demasiado precario, está demasiado verde e indeterminado como para proveernos de los materiales de un cuidadoso juicio histórico-filosófico, y por eso, tanto dentro como fuera de sí mismo, está desprovisto de límites claros, de contornos precisos, de confines espaciales. Más que una mera limitación para nuestro entendimiento, esta segunda razón indica el carácter global de la piropolítica, si bien de modo negativo y oblicuo. Cada elemento presupone una peculiar conciencia de espacio y un único concepto de espacialidad, dependiendo hacia qué interior de la existencia colectiva se oriente a sí mismo; si se enfrenta al mar desde el borde de la orilla, o si se observa el territorio nacional desde el ventajoso punto de vista de las extensiones marinas como meras costas, o si se comienzan a observar desde las alturas tanto la tierra como el mar, aunque sea sólo con la ayuda de las imágenes y el poder de la imaginación, desde la ausencia total de suelo, e independientemente de la perspectiva aérea. Los multifacéticos cambios en la representación humana de la espacialidad se pueden explicar desde el contexto teórico de lo que Schmitt llama la *Raumrevolution*, “la revolución espacial”, dado que todos los cambios

importantes de la historia han implicado a menudo una nueva imagen del espacio [*Raumbildes*].”²¹ El fuego, por otro lado, no parece soportar la relación con la espacialidad en absoluto, entonces ¿que significaría el experimentar los demás elementos desde el punto de vista del fuego? ¿No sería la experiencia *del* fuego una pura imposibilidad? ¿Pero y si fuese justamente al contrario? ¿Y si el fuego anunciase de por sí la más profunda *Raumrevolution*, una donde atestigüamos la negación espacial del espacio, consecuente con la aparente desmaterialización de las prácticas políticas, eliminadas de la concreción de la tierra?

La disolución de los perfiles perceptibles en el “dominio” político, que consecuentemente se convierte en algo menor que una “esfera”, o en un *domus* inhabitable, se corresponde y depende de la disolución de la figura del enemigo, que Schmitt describe de modo espeluznante en las páginas finales del *Theory of the Partisan*. También aquí, la transición desde el “enemigo real” hacia la “absoluta enemistad” está condicionada por el hecho de que la política de la tierra se ha convertido en algo del pasado. “Otra limitación de la enemistad”, apunta Schmitt, “se sigue del carácter telúrico del partisano. Defiende un pedazo de tierra con el que tiene una relación autóctona.”²² En un principio, el recinto terrestre era lo que delimitaba la política, que es como decir las hostilidades equilibradas, y las situaba frente a un horizonte común; los amigos y los enemigos se parecen cuando fundan sus respectivos lugares en relación con este tercer elemento neutral —geográfico o geométrico—, y en consecuencia, mantienen una posibilidad de reconciliación más allá de ellos mismos.²³ Una vez que desaparece el horizonte terrestre, del

cual emergen las figuras de amigos y enemigos en toda su determinación, concreción y “realidad”, la figura del enemigo se dilata, sus contornos se vuelven borrosos. Los enemigos piropolíticos están al mismo tiempo en todas partes y en ninguna parte porque soportan poco la relación con la tierra (de la cual se han “desencadenado”²⁴), o más aún, con cualquier otro elemento fronterizo espacial. Y su indeterminación se refleja en la actitud de la “absoluta enemistad,” enemistad “tan aterradora que quizás uno no debería seguir hablando de enemigo y enemistad, sino que ambos deberían ser proscritos y condenados en todas sus formas antes de que el trabajo de destrucción pueda empezar. Entonces, la destrucción será completamente abstracta y completamente absoluta.”²⁵ Aún antes de la aniquilación material del enemigo, se da una erradicación más meticulosa, por abstracta e ideal: el enemigo es destruido como figura y como concepto. Esto no hace sin embargo que los enemigos desaparezcan, al contrario, los convierte en potencialmente omniscientes, hasta el punto en el que resultan incontenibles dentro de los contornos de su figura y de sus representaciones conceptuales, eludiendo el mecanismo del reconocimiento. Con la pérdida de figura y la imperceptibilidad del enemigo, se corresponde la absoluta, ilimitada y no restringible actitud de la enemistad, eximida de la concreción del contexto y horizonte. Tal actitud, a su vez, está sincronizada con la posibilidad de la total aniquilación anunciada por el desnivelado enfrentamiento bélico “no convencional” que amenaza no sólo un territorio nacional delimitado, sino también enteras regiones del mundo, y el mundo en su totalidad.

La negación espacial del espacio implí-

cito en la enemistad absoluta está dentro del contexto general de los últimos significados de la destrucción que provienen de la Segunda Guerra Mundial, de la bomba atómica. Mientras que la explosión en general es un símbolo de la piropolítica, tal y como reconoció críticamente el profesor francés de leyes Ernest Roguin en los primeros años del siglo XX,²⁶ la bomba atómica es única puesto que su potencial destructivo amenaza toda la tierra. Un arma capaz de una devastación tan extrema como para alcanzar proporciones planetarias ha roto con la política de la tierra, con el sentido de la medida y la moderación que le son inherentes, y con el *nomos* nacido de tal política. Las bombas atómicas y de hidrógeno son incontenibles dentro de cualquier línea de legalidad, amistad o enemistad; siempre estarán “más allá”, *jenseits*, de las “nuevas líneas de amistad.”²⁷ El excesivo desapego de la tierra, que se convierte en un posible objeto de aniquilación, significa que las líneas del *nomos* han crecido de modo irrelevante para la piropolítica. En uno de sus diarios, Schmitt se pregunta a sí mismo qué “línea” será predominante tras la explosión atómica, y se responde: “ninguna línea global, en el sentido de *raya*, ni línea de amistad, o línea de hemisferio occidental... y en general, ninguna línea de ningún tipo, sino sólo espacio [*Keine globale Linie, im Sinne der Raya, Amity line oder Linie der westlichen Hemisphäre... sondern überhaupt keine Linie mehr, sondern ein Raum...*]”²⁸ Si, tras la explosión sólo queda espacio, es porque la negación espacial del espacio ha vaciado lo que niegan todas las determinaciones interiores, ha destruido todas las huellas y líneas grabadas en la superficie de la tierra. La aniquilación de la línea es otra parte de la evi-

dencia relativa a la despedida radical de la política de la tierra, cuya división era instrumental, dirigida al surgimiento de un primer *nomos*.

En lo sucesivo, será imposible encontrar la propia orientación en un orden elemental concreto, encontrar y representar el lugar de uno mismo dentro del contexto circundante del elemento, una vez que se ha dado la desaparición de estas determinaciones lineales que convierten el espacio en un lugar inhabitable. En términos de conciencia moderna y geopolítica, los efectos de la piro-política y nuestro lugar en ellos no son representables, sino sublimes. Visto de modo diverso: el fuego de la absoluta enemistad y de la explosión atómica arden sin iluminar, sin clarificar nada, sin permitir el nacimiento del evento de un nuevo *nomos*. Es el fuego de la destitución, opuesto al de la institución, si queremos usar la distinción favorita de Reiner Schürmann.²⁹ Sin embargo, el fuego produce múltiples efectos; aparte de la posibilidad siempre presente de quemar (y abrasar) todo y a todos los que se aproximan a él, el fuego proyecta lumbre sobre las cosas, calienta a los que tiemblan de frío, permite la transformación de un estado en otro diferente... Y los mismos múltiples efectos emanan de la piro-política.

Introduciéndose en lo que sin duda forma parte del discurso cotidiano que rodea a la actividad revolucionaria o subversiva, Schmitt considera que los partisanos son los portadores del estallido político capaz de iniciar un gran fuego de politización total.³⁰ En el momento en el que los civiles, antes apolíticos (o “neutrales”), se ven envueltos dentro de un combate partisano —ya sea combatiendo, ayudando o como cómplices de los luchadores de las guerrillas—, la po-

lítica se vuelve una parte integral de sus vidas, en el sentido del conflicto existencial y de la fatídica distinción entre enemigo y amigo. De modo sorprendente, el incremento del riesgo asociado a tales empresas palidece si se compara con la función protectora del estallido revolucionario: más allá de mantener viva una cierta intensidad de lo político, mantiene al partisano, *qua* sujeto político, abrigado, a salvo gracias a su lumbre, *Glut*: “El estallido que surgió desde España hacia el norte en 1808 fundó en Berlín una forma teórica que hizo posible protegerle [al partisano] con su lumbre [*ihn in seiner Glut zu behüten*]...”³¹ La lumbre del fuego revolucionario calienta a los sujetos políticos, les provee como fuente de motivación para una resistencia continuada, y les permite alcanzar la subjetividad política en primer lugar.³² Esto no garantiza protección para las vidas físicas de los partisanos —muy al contrario, sus vidas nunca corrieron tanto riesgo— pero preserva su existencia como sujetos, es decir, como sujetos políticos.

A pesar de que el fuego carece de contornos definitivos, su lumbre permite iluminar la existencia o los seres que se le aproximan, y aunque sólo de modo temporal, permite también que se muestren perfiles concretos, y por tanto, que sean. Con la lumbre del fuego revolucionario, aunque sea tan minúscula como la que emite una chispa, los partisanos alcanzan el nivel de la subjetividad política, y por otro lado se apartan del status quo que persigue su criminalización y deslegitimación. La piro-política representa por tanto la condición de posibilidad del fenomenalismo político, del surgimiento de los actores políticos como tales. Y sin embargo, los partisanos se definen precisamente por sus actividades clandestinas, por su no-aparecer so-

bre un escenario político bien iluminado, por sus operaciones en el “subsuelo” —por ejemplo, en el espesor de los bosques. ¿Cómo explicar esta aparente paradoja? Se debe tener en cuenta, en primer lugar, el tipo de luz que emana de una chispa, cuya lumbré es lo suficientemente oscura como para mantener a los partisanos inidentificables desde el punto de vista del “ejército regular” y el estado político. A diferencia de la fenomenología por un lado, fascinada con lo eidético —y con la literalidad— de la luz sin calor, y de la ética por otro lado, con su adhesión al calor de la intimidad interpersonal sin luz, la piropolítica combina ambos efectos del fuego. La lumbré que despliega es diferente de la luz de la fenomenología, pues deja espacio suficiente para lo no identificable, para el secreto, la sombra y el *arcana*, que de acuerdo con Schmitt, resulta indispensable en toda práctica política. Y el calor que emite es diverso del de la ética (con la posible excepción del pensamiento ético de Emmanuel Levinas), en el sentido que podría quemar, en un momento dado, cualquier deleite, consumiendo la entera existencia.

A la vez que la lumbré piropolítica es lo suficientemente tenue como para oscurecer las identidades que ilumina, el calor de su fuego no es mensurable, es potencialmente inmenso e incontenible, dependiendo de la intensidad de los antagonismos prendidos entre el amigo particular y los grupos de enemigos. De hecho, Schmitt describe el movimiento de la politización como una vía de reminiscencia de los efectos transformadores del fuego, cuando diferentes estancamientos y oposiciones en el campo de la actividad humana —como por ejemplo la esfera económica— alcanzan el nivel de los conflictos existenciales entre amigos y ene-

migos. El *puros tropai* (fuego transformador) de Heráclito no está demasiado lejos de nuestro horizonte teórico cuando leemos atentamente las alabanzas que Schmitt prodiga a la transición de cantidad a cualidad en la *Lógica* de Hegel: “Este es el *Hic Rodus* de Hegel, y lo genuino de una filosofía que no permite la fabricación de trampas intelectuales... La sentencia a menudo citada sobre la cantidad que se transforma en cualidad tiene un riguroso significado político. Es la expresión del reconocimiento de que se ha alcanzado el punto de lo político en todo dominio, y con ello, una nueva intensidad cualitativa del agrupamiento humano.”³³ La transformación de antagonismos cualitativamente intensos, sean estéticos, económicos o de otro tipo, en confrontaciones puramente políticas debería ser interpretado en términos de alcanzar un “punto de ebullición”, donde, según Heinrich Meier³⁴, el punto crítico cuantitativo aparece con el cambio cualitativo desde un estado (líquido; económico) hacia otro (vaporoso; político). En otra nota más sencilla, se dice que no por casualidad, Lenin tuvo la ocurrencia de que con el comunismo cualquier cocinero podría ser capaz de hacer funcionar el gobierno,³⁵ pues ¿quién conoce mejor que un cocinero el punto exacto en el que se dan las transformaciones desencadenadas por el fuego? Por tanto, en la politización de la transición dialéctica, nos familiarizamos con las diferenciaciones propias del fuego que, más que grabar líneas y huellas en el sólido sustrato de la tierra, conducen a razonamientos ontológicos más drásticos entre cantidad y cualidad, entro lo político y lo provisionalmente apolítico. Del mismo modo que en Heráclito el *puros tropai* implica el tipo de transformación donde “todas las cosas se trans-

forman en todas las cosas”, y nada retiene lo que define su carácter,³⁶ así en Schmitt todas las esferas de la actividad humana pierden su identidad y se convierten en totalmente politizadas a partir del contacto con el fuego transformador de los antagonismos intensos.

4. *Piropolítica y riesgo*

Con la sucinta perspectiva mostrada hasta el momento, debería quedar claro que la piropolítica está llena de riesgos, y no es un riesgo menor el de sucumbir al fuego aniquilador que arde sin iluminar, sin arrojar luz sobre lo que transforma. Con toda su prudencia y su cosmovisión general conservadora, Schmitt cree que el riesgo debe asumirse, no evadirse, para que la ontología política de los seres humanos no se disuelva en el mar de la indiferencia, apatía, y despolitización típica de las democracias parlamentarias liberales. Respecto de esto último, Schmitt escribe: “Muchas normas de las leyes parlamentarias contemporáneas... funcionan como el resultado de una decoración superflua, inútil, e incluso lamentable, como si alguien pintase llamas rojas en el radiador de un moderno sistema central de calefacción para dar la apariencia de un fuego resplandeciente.”³⁷ Cuando las oposiciones políticas someten la sublimación al material de interminables discusiones y debates, el fuego transformativo de la política se reduce a mera caricatura, a algo dado para mirar sin abrir el campo de visión, sin dejar ver seres ni eventos. Las llamas rojas pintadas en un radiador emanan la ilusión de la actividad política, pero no resplandecen en ningún tipo de evento ni emiten calor. El “moderno sistema de calefacción central”, pintado con un falso fuego, es

una alegoría apropiada del sistema político moderno, donde los conflictos no se convierten en nada más que en diferencias de opinión, donde los riesgos de un peligro existencial que acompañan a las formaciones de amistades y enemistades se relegan a los márgenes del esquema geopolítico occidental; Irak y Afganistán se han convertido en designaciones familiares de tales márgenes. El estado de excepción que reina “más allá de las líneas” del orden de la ayuda humanitaria y los derechos humanos universales posee un agudo contraste con la domesticación del riesgo político y la ofuscación con el peligro existencial de las democracias liberales. El calor del radiador, comparado con tal fuego, está domesticado, plenamente regulado, ubicado para servicio del domicilio que calienta, y provisto del confort y conveniencia que permite el sistema mecánico. El núcleo del fuego, impredecible pero también luminoso, ha sido evacuado de estos regímenes políticos obsesionados con eludir el riesgo y con una despolitización total.

La principal razón de la crítica que Schmitt erige contra la democracia liberal está en que el riesgo de no tomar riesgos supera con creces cualquier peligro concreto que acecha en la confrontación con un enemigo: explicita la conclusión automática y consensuada de la existencia política.³⁸ Dicho con nuestras palabras, significa que —no obstante la distinción entre lo posible-constructivo y lo inútil-destructivo de las variedades de piropolíticas— el riesgo de la piropolítica es irrecusable. Sin embargo, la señal de que el conservadurismo de Schmitt gana la delantera, llevándole a repudiar la política del fuego, está en su frecuente auto-identificación con “el Epimeteo cristiano”³⁹, prototipo que adopta del poeta alemán Konrad Weiss.

En el extremo opuesto de su hermano Prometeo, siempre con la vista puesta en lo porvenir, Epimeteo está absorto en la “contemplación activa” de los “eventos cumplidos”, en el esfuerzo de extraer cuidadosamente de ellos “el oscuro significado de nuestra historia.”⁴⁰ Además, Epimeteo se mantiene más cercano del ámbito natural y de los empeños de la tierra (repartiendo a los animales regalos de características positivas) que su renegado hermano, que concede a los humanos el regalo del fuego, las artes y la técnica.⁴¹ Si se puede elegir entre la personificación de la geopolítica, en el sentido más básico y poderoso del término, y la figuración de la piropolítica, entre Epimeteo y Prometeo, Schmitt opta por la imagen telúrica y *terrística* del hermano temeroso de los dioses. (De hecho, un buen título alternativo para el *Roman Catholicism and the Political Form* habría sido *The Doctrine of a Young Christian Epimetheus*.) De este modo, rechaza en último lugar la política del fuego, y rubrica su nombre *contra* los peligros e incomparables riesgos que conlleva. Pero, visto a la luz de todo lo que ha ocurrido desde la muerte de Schmitt en 1985, ¿tenemos aún el lujo de poder elegir entre geopolítica y piropolítica? ¿No ha suplantado de manera irrevocable la política del fuego a la de la tierra, y no se puede detectar la huella de esta suplantación en toda “explosión suicida”, que se ha convertido en un fenómeno global, así como en las nuevas representaciones de absoluta enemistad basada en las diferencias de credo religioso? Al final, frente a este cambio de suelo, la respuesta más constructiva, ¿no sería un constante replanteamiento de la legalidad piropolítica, incluyendo su venerable tradición revolucionaria, y la adaptación de esta tradición a la era de la política post-metafísica?

Suspirando por la pérdida inmanencia en la relación humana con la naturaleza, Epimeteo, quien niega el fuego a los mortales, mira atrás y queda absorto en la contemplación del pasado que es incapaz de revitalizar. Nostálgico de la política de la tierra, con su simplicidad e inocencia —no obstante artificiosas—, el cristiano Epimeteo echa la vista atrás hacia la oposición dramática de tierra y mar, comprendiendo plenamente que ambos elementos han sido rebasados, así como las representaciones míticas y metafóricas de lo político. De mala gana, concede el regalo (y la maldición) de la política del fuego a sus contemporáneos, con la esperanza de que ésta siga irradiando, al estilo del fénix, nuevas “proporciones significativas [*sinnvolle Proportionen*]”⁴² del mundo.

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

- , *Myths from Mesopotamia: Creation, the Flood, Gilgamesh, and Others*, traducción de Stephanie Dalley (London & New York: Oxford University Press, 2008).
- Bachofen, Johann Jacob. *Der Mythos von Orient und Occident* (München: C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1956).
- Bargu, Banu. “Unleashing the Acheron: Sacrificial Partisanship, Sovereignty, and History.” *Theory & Event* 13 (1), 2010.
- Dean, Mitchell. “Nomos: Word and Myth,” en *The International Political Thought of Carl Schmitt: Terror, Liberal War, and a Crisis of the Global Order*, editado por Louiza Odysseos y Fabio Petito (London and New York: Routledge, 2007), 242-58.

- Derrida, Jacques. *Of Grammatology*, traducción de Gayatri C. Spivak (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1997).
- Derrida, Jacques. *Politics of Friendship*, traducción de G. Collins (London and New York: Verso, 1997).
- Lucretius. *On the Nature of Things*, traducción de Martin Ferguson Smith (Indianapolis/Cambridge: Hackett, 2001).
- Macauley, David. *Elemental Philosophy: Earth, Air, Fire, and Water as Environmental Ideas* (Albany: SUNY Press, 2010).
- Marder, Michael. *Groundless Existence: The Political Ontology of Carl Schmitt* (London and New York: Continuum, 2010).
- Marder, Michael. "The Ethical Ungrounding of Phenomenology: Levinas's Tremors," en *Being Shaken: Ontology and the Event*, editado por Michael Marder y Santiago Zabala (Evanston: Northwestern University Press, disponible en 2013).
- Meier, Heinrich. *The Lesson of Carl Schmitt: Four Chapters on the Distinction between Political Theology and Political Philosophy*, traducción de Marcus Brainard (Chicago and London: University of Chicago Press, 1998).
- Moore, Barrington Jr. *Soviet Politics: The Dilemma of Power* (New York; M.E. Sharp, 1950).
- Müller, Jan-Werner. *A Dangerous Mind: Carl Schmitt in Post-War European Thought* (New Haven: Yale University Press, 2003).
- Plato. *Laches, Protagoras, Meno, Euthydemus*, traducción de W.R.M. Lamb, Loeb Classical Library Vol. 165 (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1977).
- Roguin, Ernest. *Traité de Droit Civil Comparé: Les Successions* (Paris: Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, 1908).
- Schmitt, Carl. *The Concept of the Political*, Expanded Edition, traducción de George Schwab (Chicago and London: The University of Chicago Press, 2007).
- Schmitt, Carl. *The Crisis of Parliamentary Democracy*, traducción de Ellen Kennedy (Cambridge and London: MIT Press, 1986).
- Schmitt, Carl. *Ex Captivitate Salus: Erfahrungen der Zeit 1945/47* (Berlin: Duncker & Humblot, 2002).
- Schmitt, Carl. *Glossarium: Aufzeichnungen der Jahre 1947–1951*, ed. de E. Freiherr von Medem (Berlin: Duncker & Humblot, 1991).
- Schmitt, Carl. *Land and Sea*, traducción de Simona Draghici (Washington, DC: Plutarch Press, 1997).
- Schmitt, Carl. *The Leviathan in the State Theory of Thomas Hobbes*, traducción de George Schwab y E. Hilfstein (Westport, CT and London: Greenwood Press, 1996).
- Schmitt, Carl. *The Nomos of the Earth in the International Law of Jus Publicum Europaeum*, traducción de Gary L. Ulmen (New York: Telos Press, 2003).
- Schmitt, Carl. *Roman Catholicism and Political Form*, traducido por Gary L. Ulmen (Westport, CT and London: Greenwood Press, 1996).

- Schmitt, Carl. *Theory of the Partisan: Intermediate Commentary on the Concept of the Political*, traducción de Gary L. Ulmen (New York: Telos Press, 2007).
- Schmitt, Carl. “Three Possibilities for a Christian Conception of History,” traducción de Marion Wenning, *Telos* 147, Summer 2009, 167-70.
- Schürmann, Reiner. *Broken Hegemonies*, traducción de Reginald Lilly (Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press, 2003).
- Sloterdijk, Peter. *Terror from the Air*, traducción de Amy Patton y Steve Corcoran (Los Angeles: Semiotext(e), 2009).
- Stiegler, Bernard. *Technics and Time 1: The Fault of Epimetheus*, traducción de Richard Beardsworth y George Collins (Stanford: Stanford University Press, 1998).

NOTAS

- * Traducción de Javier Fernández Catalán
- ¹ “El fundamento terrestre en el que todo está arraigado, en el que se encuentran espacio y ley, orden y orientación, ya fue reconocido por los grandes filósofos del derecho” (Schmitt, *The Nomos of the Earth*, 47).
- ² Schmitt, *Land and Sea*, 1. En ésta y en las siguientes acotaciones de esta obra, la traducción del inglés ha sido modificada.
- ³ Schmitt, *Glossarium*, 179.
- ⁴ Exploro las consecuencias éticas de la pérdida de fundamento en “The Ethical Ungrounding of Phenomenology”
- ⁵ Schmitt, *The Nomos of the Earth*, 42.
- ⁶ Por ejemplo, en *Of Grammatology* (1967).
- ⁷ Schmitt, *Land and Sea*, 2.
- ⁸ Schmitt, *Theory of the Partisan*, 14, 21.
- ⁹ Schmitt, *Theory of the Partisan*, 12.
- ¹⁰ Schmitt, *The Nomos of the Earth*, 38.
- ¹¹ Schmitt, *Roman Catholicism*, 10ff.
- ¹² Schmitt, *Land and Sea*, 4.
- ¹³ Schmitt, *The Nomos of the Earth*, 49.
- ¹⁴ Schmitt, *Land and Sea*, 58. Del mismo modo, en *The Nomos of the Earth*, Schmitt afirma: “Hoy en día, como resultado de un nuevo fenómeno espacial —la posibilidad de dominación del espacio del aire — tanto la tierra firme como el mar libre han sido alterados de modo drástico, tanto dentro como fuera de sí mismos, y en la relación entre ambos. No sólo están cambiando las dimensiones de la soberanía territorial, no sólo están cambiando la eficacia y la velocidad de los significados del poder humano, del transporte y de la información, sino también el contenido de esta *efectividad*.” (48)
- ¹⁵ Schmitt, *Land and Sea*, 58.
- ¹⁶ Müller, *A Dangerous Mind*, 46.
- ¹⁷ Schmitt, *Land and Sea*, 58.
- ¹⁸ Fink y Heidegger, en el *Heraclitus Seminar*, 82, avanzan esta misma interpretación.
- ¹⁹ Schmitt, *Land and Sea*, 58.
- ²⁰ Schmitt, *Land and Sea*, 8.
- ²¹ Schmitt, *Land and Sea*, 29.
- ²² Schmitt, *Theory of the Partisan*, 92.
- ²³ Este es pues el sentido de la interpretación derridiana de Schmitt. En la enemistad relativa o relativizada, el enemigo “conseguiría tranquilizarse y en último lugar aplacar sus contornos, porque serían *identificables*. La figura del enemigo sería entonces de ayuda —precisamente como figura— debido a los rasgos que permiten identificarla como tal, todavía idénticos a lo que siempre se ha determinado con este nombre” Derrida, *Politics of Friendship*, 83.
- ²⁴ Schmitt, *Theory of the Partisan*, 54.
- ²⁵ Schmitt, *Theory of the Partisan*, 94.
- ²⁶ Roguin, *Traité de Droit Civil Comparé*, xviii.

²⁷ Schmitt, *The Nomos of the Earth*, 49.

²⁸ Schmitt, *Glossarium*, 180-1.

²⁹ Cf. Schürmann, *Broken Hegemonies, passim*.

³⁰ “En aquel tiempo, una chispa [*ein Funke*] saltó desde España hacia el norte. No prendió el mismo fuego [*denselben Brand*] que le dio a la guerrilla española su significancia histórica y mundial. Pero produjo un efecto que aún perdura en la segunda mitad del s. XX, que sigue transformando las facciones de la tierra y de su humanidad.” (Schmitt, *Theory of the Partisan*, 6-7).

³¹ Schmitt, *Theory of the Partisan*, 47, traducción modificada.

³² En un artículo reciente, Banu Bargu llega tan lejos como para considerar la chispa revolucionaria como un símbolo constitutivo de la política: “Desde esta perspectiva podemos apreciar mejor por qué Schmitt se refiere al partisano como la “chispa” que enciende el fuego. Este fuego representa las fuerzas elementales del pueblo para conformar el destino de su comunidad. La intervención popular está instigada por las crisis, así como por la ocupación extranjera, por el comienzo de las guerras o las huelgas generales. Los momentos extraordinarios permiten la activación de poderes constituyentes que bajo condiciones

normales permanecen como soporte invisible del orden constitucional.” (2010) En términos geopolíticos, esto implica que la fiera y volcánica actividad del poder constituyente subyace y disloca las capas de la ley y el orden institucionalizado, similares a las capas externas de la tierra.

³³ Schmitt, *The Concept of the Political*, 62.

³⁴ Meier, *The Lesson of Carl Schmitt*, 35.

³⁵ Moore, *Soviet Politics*, 175.

³⁶ Heidegger & Fink, *Heracitus Seminar*, 11.

³⁷ Schmitt, *Crisis of Parliamentary Democracy*, 6.

³⁸ Para un análisis detallado del riesgo político en Schmitt, véase el capítulo 2 de *Groundless Existence*.

³⁹ Véase Schmitt en *Ex Captivitate Salus*, 12; *Glossarium* 66; “Three Possibilities,” 170.

⁴⁰ Schmitt, “Three Possibilities,” 170.

⁴¹ Para una lectura original del mito de Epimeteo, véase *Technics and Time I* (1998) de Stiegler, especialmente segunda parte del libro, titulado “The Fault of Epimetheus.” La narración platónica del mito puede leerse en *Protágoras*, 320d-322a.

⁴² Schmitt, *Land and Sea*, 59.